

Coronavirus y fin del neoliberalismo

Nora Merlin, Psicoanalista, Magister en Ciencias Políticas, Docente e investigadora de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología.

*Autora de *Populismo y psicoanálisis* (Letra Viva, 2014), de *Colonización de la subjetividad. Medios masivos de comunicación en la época del biomercado* (Letra Viva, 2017) y de *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal* (Letra Viva, 2019).*

Autora de innumerables publicaciones en revistas especializadas y capítulos de libros en el país y en el exterior.

Resumen

Slavoj Zizek, afirmó *que* el coronavirus implicó la irrupción de lo real lacaniano en tanto imposible al saber y a lo simbólico, agujereó a la ciencia, la ideología y conmovió los cimientos del sistema global. El virus destrozó certezas ideológicas e identificaciones, cambió la escena del mundo y produjo en la subjetividad una desestabilización fantasmática de las fijaciones neoliberales sedimentadas en la cultura.

Arriesgamos la hipótesis de que el coronavirus está llamado a funcionar como el significante que marca un límite y nombra el fin de la época neoliberal.

Palabras clave

Coronavirus – neoliberalismo – real - ideología.

Abstract

Slavoj Zizek stated that the coronavirus involves the irruption of the Lacanian real as the impossible to know and into the symbolic. The coronavirus has pierced through science and ideology and has broken the foundations of the global system. The virus has destroyed ideological certainties and identifications, changed the world scene and produced a fantasmatic destabilization of a fixated neoliberal subjectivity sedimented in culture.

We support the hypothesis that the coronavirus has come to work as a signifier which marks a limit and names the end of the neoliberal era.

Keywords

Coronavirus - neoliberalism - the real - ideology.

Coronavirus y fin del neoliberalismo

El coronavirus desencadenó una pandemia y la tierra comenzó a girar alrededor de él. Sociedades enteras en cuarentena, aislamiento, reclusión en las casas, suspensión casi total de las actividades, contagios, muertes y angustias. Se desorganizó la vida a nivel mundial, colapsaron los sistemas de salud en varios países y se produjo un quebranto económico que, según los entendidos, será mayor al que generó la crisis del 30.

La pandemia rompió el automatismo de las costumbres sociales, perdiéndose la aparente normalidad con la que circulábamos hasta hace solo unos días. La vida se volvió extraña; de un día para otro nos convertimos en protagonistas de una distopía al estilo *Black Mirror*, regresando a viejas formas de cuidado, desde extremar escrupulosamente medidas de higiene, hasta guardarse del peligro externo en las cavernas contemporáneas.

Slavoj Žižek afirmó que el coronavirus implicó la irrupción de lo real lacaniano en tanto imposible al saber y a lo simbólico, agujereó la ciencia, la ideología y conmovió los cimientos del sistema global. De un día para otro cambió la escena del mundo y se produjo en la subjetividad una desestabilización fantasmática que sacudió identificaciones y fijaciones neoliberales sedimentadas en la cultura.

El virus maldito destrozó certezas ideológicas, como la fortaleza del sistema neoliberal, la supuesta omnipotencia del saber científico, que “todo lo sabe” y “todo lo puede”. Se desconoce la causa de la pandemia, tratándose de un virus de altísima capacidad y velocidad de contagio, para el cual aún no hay vacuna; los expertos no tienen mucho qué decir. Una cantidad considerable de prácticas sedimentadas han sido puestas en entredicho y mucho de lo que se daba por natural ha quedado expuesto en su historicidad.

La crisis desencadenada por el coronavirus no hizo más que mostrar intempestivamente lo que hace años estaba agonizando, pero velado por la pantalla fantasmática del *marketing* y los medios de comunicación corporativos. La pandemia emergió con la fuerza del objeto voz, un grito que expresa verdades, por ejemplo, que la desinversión en salud pública, propia del neoliberalismo, trae como efecto necesario sistemas de salud precarios que no dan abasto para atender a todos. Que la salud pública no es un gasto ni una inversión, sino un derecho. Que las sociedades organizadas por la lógica del

mercado no cuidan a su gente, sino que la dejan a la intemperie en angustiosa indefensión.

Esta tragedia permitió que se caigan de un plumazo muchos *slogans* neoliberales que funcionaban como certezas ideológicas, como el estado burocrático, la libertad individual, el ideal privatizador, etc. Del mismo modo, quedaron como anacrónicas las frases neoliberales del estilo “achicar el Estado es agrandar la nación” o el ideal de la meritocracia. Constatamos que si achicamos el Estado lo único que aumenta es el coronavirus y que sólo con el capital y sin la salud pública nadie se salva. Un sistema basado en la maximización del beneficio y la reducción de los costos deja al cuerpo -singular y social- amenazado por la enfermedad y la muerte. Después del estallido de esta pandemia, ya nadie se atreve a poner en duda la necesidad de un Estado fuerte -que no es sinónimo de autoritario- que conciba a la salud pública como un derecho y no como un gasto o una mera inversión.

Desde que apareció el coronavirus surgieron teorías filosóficas, científicas y geopolíticas conspirativas sobre el origen de la pandemia y las consecuencias acarreará.

En el artículo *Encerrar y vigilar*, publicado en el diario El País el 28 de marzo pasado, Paul Preciado analiza la pandemia partiendo de la concepción biopolítica de Foucault. Foucault sostenía que el cuerpo vivo es el objeto central de toda política y que no hay política que no sea de los cuerpos. El filósofo francés no se refería al organismo biológico, sino a la producción del cuerpo realizada por el poder, entendido este como un dispositivo que penetra y se hace carne en la singularidad. Preciado, orientado por el prisma que ofrecen Michel Foucault, Roberto Espósito y Emily Martin, revisa la historia de algunas de las epidemias mundiales de los cinco últimos siglos: lepra, peste, sífilis, sida y coronavirus. Concluye con lo que podría tomarse como una ecuación: dime cómo tu comunidad construye su soberanía política y te diré qué formas tomarán las epidemias y cómo las afrontarás. Esto implica que el virus no se concibe como un fenómeno natural, sino que replica en la población las formas dominantes de gestión biopolítica.

Preciado dividió las estrategias que los países han tomado frente a la extensión de la Covid-19, mostrando dos tipos de tecnologías biopolíticas. La primera, vigente sobre todo en Italia, España y Francia, aplica medidas estrictamente disciplinarias, que implican el confinamiento domiciliario de la totalidad de la población. El filósofo español no menciona que el aislamiento en esos países fue realizado tardíamente, en medio de la tragedia y luego de esperar la autorregulación y consumación natural del virus. En resumidas cuentas, esa es la concepción neoliberal, el darwinismo social de los más vulnerables.

La segunda estrategia, puesta en marcha por Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Japón e Israel, se basa en técnicas de biovigilancia. El énfasis está puesto en la detección individual del virus a través de la multiplicación de los *tests*, el control social y la vigilancia digital constante.

Sabiendo que las epidemias son también laboratorios de innovación social y de las tecnologías del poder, hay un gran debate entre los filósofos acerca de los cambios que traerá al mundo el coronavirus. Por ejemplo, Byung-Chul Han sostiene que el capitalismo actual puede mutar en un régimen riguroso de vigilancia social, control y gestión de las vidas: un totalitario virtual. Por el contrario, Žižek afirma que esta pandemia producirá una salida del capitalismo porque se quebraron los fantasmas ideológicos que hacían de soporte al sistema.

Por alguna razón que desconocemos, Preciado omite el modelo argentino que constituye una tercera posibilidad y es ejemplar: el aislamiento se produjo con planificación y prevención cuando la epidemia no estaba desencadenada. La Argentina tomó una tercera vía para enfrentar la pandemia, la estrategia consistió en politizar el virus, organizar la comunidad poniendo el Estado al servicio de la salud y del bienestar. En el tiempo de la urgencia, se entendió que el Otro no es ni mi enemigo ni el culpable, sino mi prójimo. Que la suerte y el cuidado de él también es el mío, ya que es imposible salvarse sólo. Que el amor es político y que el aislamiento nada tiene que ver con el individualismo neoliberal, en el que cada uno, indiferente al prójimo, se enfrasca en su tribu mientras se mira el ombligo. Se configuró en el país argentino un aislamiento que no fue exclusión ni identificación al resto, sino un acto de amor político, de cuidado de sí y de la comunidad, porque la solidaridad no es caridad, sino la base de lo colectivo.

El cuidado o el control del Estado no siempre es persecutorio y hostil; puede consistir en una acción política democrática de intentar frenar la muerte, no sólo para la élite sino para todos. Tampoco la obediencia indica siempre servilismo; puede significar, como sucedió mayoritariamente en la Argentina en las actuales circunstancias, la decisión responsable y colectiva de asumir que el cuidado propio implica también el de todos y viceversa.

La epidemia de coronavirus, como afirmó Žižek, es un síntoma que muestra lo que no anda en el sistema global capitalista. La pandemia tomó el cuerpo y, en pleno aislamiento, vemos la aparición una suerte de angustia generalizada que demanda un Estado protector.

Cuando un acontecimiento produce un padecimiento en el cuerpo que desestabiliza la identidad singular y social, ese daño se convierte en corte, en una marca inolvidable que hace posible, aunque tan sólo sea por un instante fugaz, captar la propia estupidez como eslabón cómplice de un sistema tanático que desintegra, que en lugar de contener expulsa y decide quién vive y quién muere. Desde esa captación nada vuelve a ser lo mismo. Es posible en este contexto que otro virus ideológico se expanda: el de pensar en una sociedad alternativa que se actualice como solidaridad global y cooperación.

Se ha presentado en forma consumada la fragmentación de la imagen y del relato que sostenía la escena del mundo, el paradigma civilizatorio hegemónico. El futuro ahora es más contingente e imprevisible que nunca, la angustia colorea la encrucijada actual y no puede aliviarse ni organizarse a través de ningún relato consistente. En relación a las neurosis traumáticas, afirmó Freud en su artículo *Más allá del principio del placer* que el terror no es ante la muerte que carece de representación, sino ante la castración. El Covid-19 anudado al pánico (angustia traumática más precisamente), implica la irrupción de la castración, que remite a la pulsión de muerte no ligada del más allá del principio de placer.

Frente a lo que se presenta como caos civilizatorio o desanudamiento pulsional, afirmaba Freud en *El Malestar en la cultura*: "He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará...dominar la perturbación que proviene de la humana pulsión de agresión. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos «poderes celestiales», el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?"

Siguiendo a Freud, tendremos que pensar qué clase de construcción política puede neutralizar la pulsión de muerte, impedir la compulsión ilimitada a la desintegración y jugar a favor de un Eros político, entendido como ligadura, lazo social y discurso. El desenlace dependerá, como está formulado en la cita extractada de *El Malestar en la Cultura*, de la correlación de fuerzas. La lucha se dirime entre una tánatopolítica neoliberal y su incesante marcha a favor del capital consumando la desintegración de lo humano, o de una política de Eros, de lo común, que haga base en lo público, en la igualdad y en la singularidad del sujeto. Dependerá, en gran parte, de que seamos capaces de sostener desde el deseo la causa de la civilización.

El debilitado poder intentará, como hasta ahora, aprovechar la crisis para engrosar sus arcas. Utilizará el terror para que nada cambie y para capturarnos en los dispositivos de control. Intentará atacar la solidaridad que se tejió en la cuarentena, retornando con el cuento de la meritocracia, el individualismo, el consumo y la

autoayuda. Sin embargo, luego de pasar por la experiencia de vulnerabilidad singular e indefensión colectiva, esta vez podrá ser distinto.

Ninguna prédica política lo había podido producir como esta crisis global, que se presenta con la fuerza de una nueva hegemonía. Sabíamos que con las argumentaciones racionales no iba a ser suficiente, que había que involucrar afectos y cuerpos para lograr un despertar. Pero, ¿cómo realizar esa experiencia pedagógica? ¿Cómo transformar el núcleo ideológico de odio al otro en amor y en conflicto político?

El coronavirus es una pesadilla pero es posible que permita el despertar del sueño consumista. Arriesgamos la hipótesis de que el coronavirus está llamado a funcionar como el significant que marca un límite y nombra el fin de la época neoliberal.

Referencias

- Freud, S. Más allá del principio del placer. *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires. Amorrortu. 1986.
- Freud, S. El Malestar en la Cultura. *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires. Amorrortu. 1986.
- Žižek, S. *Porque no saben lo que hacen*. Madrid. Akal. 2017.
- Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*. Méjico DF. Siglo XXI. 2010.
- Žižek, S. *Pandemia*. Barcelona. Anagrama. 2020